

de contribuciones, inspector de policía; este tiempo interior es nuestra esposa.

Obsérvese cómo se comporta el tiempo interior, como si tuviese a su disposición siglos de tiempo cronológico. Tan pronto como hacemos pleno uso de nuestras facultades, nos entregamos a algo en cuerpo y alma, vivimos rica e intensamente en lugar de existir meramente, nuestro tiempo interior consume nuestra ración de tiempo de reloj como un marinero borracho su paga. Lo que afuera son horas, dentro parecen minutos. Sin embargo, no se hacen concesiones a esta prodigalidad; nuestro tiempo de calendario no se extiende como una recompensa por vivir generosamente. Si deseásemos estirar nuestra asignación de tiempo exterior, aprovecharlo al máximo, con avaricia, cuidaríamos de mantenernos solo medio vivos, pasaríamos horas bostezantes (que serían como días enteros para nuestro tiempo interior) con personas aburridas y mecánicas, o entregados a tareas anodinas y monótonas.

A falta de ese recurso, podríamos hacer lo que siempre parecen haber hecho muchos hombres importantes y de éxito, es decir, designar una especie de policía del tiempo exterior para que vigile las travesuras y extravagancias de nuestro tiempo interior. Cuando uno de esos hombres importantes y de éxito nos concede quince minutos de su tiempo exterior, podemos ver a menudo en sus ojos a ese policía y oírle en la voz circunspecta. Pero, aun cuando este control del tiempo interior pueda procurar más éxito e importancia, pocos son los que piensan que ello enriquece la experiencia y contribuye a una existencia agradable. Esto parece exigir cierta despreocupación en nuestras relaciones con nuestro tiempo interior, como si al movernos hacia dentro pudiésemos desafiar al tiempo exterior, a los relojes y a los calendarios, como seres inmortales. No somos seres inmortales, pero a menudo deberíamos comportarnos como tales.

Desde luego, se produce un cambio notable en nuestra experiencia del tiempo interior a medida que envejecemos. Nunca oigo exclamar a un niño: «¡Oh mamá! ¿Qué hago ahora?», sin sentirme transportado de pronto a aquellas vacías inmensidades de tiempo interior que conocen los niños cuando se aburren, a aquellas tardes que eran como años soporíferos. Dudo que alguna vez me aburra ahora, siempre que me dejen en paz y nadie trate de entretenerme;

y el tiempo que media entre las dos y las cuatro y media de la tarde pasa volando, habiéndose desvanecido hace ya mucho tiempo aquellas tardes inmensas de la infancia. Esto significa que me pierdo mucha diversión y mucha excitación, pero también quiere decir que ya no conozco esos desiertos de tedio, donde los niños se encuentran vagando miserablemente y clamando: «¿Qué hago ahora?»

Se nos dice que en esto nos hallamos a merced de nuestros procesos corporales. Al disminuir su ritmo con la edad, nos persuaden de que el tiempo exterior a nosotros se acelera. Un hígado rebelde y dos riñones que se esfuerzan dolorosamente, son la causa probable de que me parezca que las tardes se acortan cada vez más y que los años son tan breves ahora que casi no vale la pena fecharlos correctamente. (Estoy ahora en medio del año 1963 y todavía me parece un extraño raro.) Por otra parte, el incorrupto y veloz metabolismo de la infancia, mediante una comparación inconsciente, puede hacer que el tiempo parezca arrastrarse de forma que nunca llegan las Navidades o las vacaciones en la playa.

Las personas que tratan con niños deberían recordar siempre esta diferente escala de tiempo y su magnificación de las cosas. Cuando los niños tropiezan con la crueldad o simplemente con la falta de bondad o el descuido negligente, les parece que eso no terminará nunca, se enfrentan con cones de amenaza y aflicción y una perplejidad sin esperanza, se sienten perdidos en un mundo de pesadilla en el cual los adultos, por mucho que sufran, jamás vuelven a hundirse.

Algunas personas nos dicen que siempre saben la hora que es sin consultar el reloj. Yo nunca he pretendido poseer este don. Sin embargo, en muchas ocasiones, al despertarme de pronto en medio de la oscuridad, me he dicho para mis adentros: «Son las dos y media», o bien: «Son cerca de las cuatro», y, al encender la luz, he comprobado que mi conjetura, si es que era una conjetura, había sido correcta. Personas a quienes casi todas las mañanas despierta un despertador, se abandonan al sueño hasta que empieza a repiquetear el timbre. Otras personas que raras veces utilizan un despertador y más bien se encogen ante la idea de que las saque del sueño un estridente martilleo (como sé por experiencia, puesto que soy una de esas personas), se las



arreglan para despertarse poco antes de que se desencadene la alarma.

Nadie sabe cómo se produce eso, lo mismo que nadie sabe cómo sujetos hipnóticos, a quienes se les dice que hagan algo a una hora determinada, quizá varias horas después de que han salido de la hipnosis, realizarán la acción indicada con estricta puntualidad. Parece que algo en nuestro interior, bajo el nivel de la consciencia, puede en caso necesario mantenernos informados respecto a la hora, pero sin que los relojes intervengan para nada. Se añade una nueva complicación cuando recordamos que nuestro inconsciente, donde debe vivir este pequeño vigilante, no está sometido al tiempo que marca el reloj, y, ciertamente, tiene ideas respecto al Tiempo muy diferentes de las de la consciencia.

Para introducir mayor confusión, consideremos el caso de un joven espeleólogo francés que apareció en los periódicos hace uno o dos años. Se propuso pasar unas semanas en las profundidades de la Tierra, solo, lejos de sus semejantes y sin medio alguno para precisar cómo transcurría el tiempo. Cuando, por fin, volvió a salir a la luz del día, ¿qué ocurrió? Descubrió, atónito, que había permanecido en aquella cueva mucho *más tiempo* del que había imaginado. En primer lugar, debemos notar que no le había ayudado ningún sentido intuitivo del tiempo. El pequeño vigilante de lo inconsciente había abandonado su puesto, ultrajado por aquel nuevo modo de vivir. Luego, como era de esperar, su tiempo psicológico había perdido el contacto con el tiempo del reloj y el calendario. Y había funcionado al revés. En lugar de persuadirle de que había permanecido allí quince días, si en realidad solo hubiese estado una semana—exageración natural, pues se sentiría muy solo y aburrido—, había funcionado a la inversa, haciendo que quince días le pareciesen una semana.

Pero ¿fue así? En primer lugar, es posible que, impulsado por el tedio y la falta de estímulo, dedicase al sueño mucho más tiempo del que admitía. En segundo lugar, cuando hizo su cálculo final, puede que corrigiera con exceso

El espeleólogo francés Michel Siffre emergiendo en septiembre de 1962, tras dos meses en una cueva subterránea. Privado de todo medio para calcular la hora, Siffre comprobó que se había equivocado por completo respecto al tiempo de su permanencia bajo tierra, que fue mucho más dilatado de lo que había estimado su «reloj interior».

hom  
seriam  
días  
no tiempo  
interior

Mudanza  
de tiempo  
interior  
envejecer  
Siffre